Un explorador gallego en aguas del Pacífico

Mourelle de La Rúa, el "almirante" olvidado

Pocos hombres de mar alcanzaron los logros de este gallego que surcó los océanos durante la mayor parte de su vida: de audaz explorador en las aguas del Pacífico –tanto en la fría Alaska como en la cálida Polinesia–, pasó a combatir con valor a los buques enemigos, ya fueran británicos o franceses, que navegaban junto al Estrecho de Gibraltar. Una vida de éxitos que ha permanecido injustamente ignorada.

Por: **JAVIER GARCÍA BLANCO**

Eran poco más de las once de la mañana cuando un temible cañonazo impactó en el alcázar del *Conde de Regla* y, literalmente, partió en dos a su insignia, el general conde de Amblimont, hiriendo de gravedad a su comandante, el brigadier Jerónimo Bravo. Tras el desconcierto inicial, la embarcación –con 112 cañones y 801 hombres a bordo– quedó a las órdenes del teniente de navío Francisco Antonio Mourelle de la Rúa, un audaz marino coruñés con 25 años de experiencia a sus espaldas. La bitácora del navío tenía apuntada en su última página la fecha del 14 de febrero de 1797. Acababa de comenzar la batalla del cabo de San Vicente, de desastroso desenlace para nuestra Armada.

Aunque la superioridad numérica era muy favorable para España –24 navíos de línea y 11 fragatas, frente a 15 navíos de línea, 4 fragatas y dos balandros del lado enemigo–, los británicos sorprendieron a la flota española desorganizada y con una formación desastrosa, lo que hizo trizas la ventaja matemática.

A pesar de la situación desfavorable, Mourelle de la Rúa, convertido inesperadamente en el oficial al mando del *Regla*, consiguió sobresalir en la batalla, aunque en un primer momento soportó –junto a su compañero *Príncipe de Asturias*– un durísimo fuego de cañones procedente de siete navíos ingleses. Algunas horas después –y ya más organizados tras el caos inicial– ambos navíos acudieron al auxilio del *Santísima Trinidad*, buque insignia de la flota española, que de no ser por la acción del *Infante Don Pelayo* y la posterior ayuda del *Regla* y del *Príncipe*, estaba ya dispuesto a rendirse, pues incluso había arriado la bandera. La llegada de los navíos españoles puso en retirada a los ingleses que hostigaban al buque insignia, una proeza que sería recordada durante el posterior consejo de guerra.

Aquel episodio notable era sin embargo sólo un renglón más en la brillante hoja de servicios de Francisco Antonio Mourelle de la Rúa, cuyos logros eran bien conocidos por los ingleses desde años atrás, aunque no por sus hazañas militares, sino por su gran aportación explorando las aguas más septentrionales del Pacífico…

UN CORUÑÉS EN LAS COSTAS DE ALASKA

Nacido en junio de 1750, Mourelle había venido al mundo en el seno de una humilde familia de la aldea de Corme, en la región de la Costa da Morte (A Coruña). En aquella tierra de aguerridos hombres de mar, frecuente escenario de terribles naufragios, el pequeño Francisco Antonio no tardó en sentir la vocación marinera. De hecho, sumaba apenas trece años cuando ingresó en la Academia de Pilotos de Ferrol –la precaria economía familiar no alcanzaba para costear su acceso a la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz–, en el año 1763. Aquel jovencísimo Mourelle sobresalió con rapidez, pues cinco años más tarde obtuvo el título de piloto y en 1772 se hallaba ya cruzando las aguas del Atlántico a bordo de la corbeta *Dolores*, ejerciendo como segundo piloto, en dirección a isla Trinidad.

Su primer destino de importancia, sin embargo, no llegó hasta tres años más tarde, cuando en enero de 1775 fue destinado –ya como primer piloto– al puerto de San Blas de Nayarit, en Nueva España. Poco después de llegar allí se embarcó en su primera misión: la expedición de Bruno de Heceta para explorar las costas al norte de la Baja California. El año anterior, el mallorquín Juan José Pérez había partido desde ese mismo puerto con la misión de alcanzar los 60° de latitud norte para

1. Homenaje. Busto erigido en Corme en honor a Mourelle de la Rúa (© Javier García Blanco). **2. Biografía.** Imagen de la portada de la biografía sobre Mourelle de la Rúa publicada en 1856.



1

establecer posesiones españolas y reafirmar el dominio de la Corona ante el avance de los exploradores rusos y británicos. Pérez y sus hombres, a bordo de la fragata *Santiago*, llegaron a contactar con los indios *haida*, aunque "sólo" consiguieron explorar hasta los 54º norte, pues la falta de víveres y los problemas de salud les obligaron a regresar.

En esta ocasión, el viaje de exploración –dirigido por Bruno de Heceta, aunque con Juan José Pérez participando también– estaba compuesto por tres embarcaciones: el paquebote *San* Carlos, la fragata *Santiago* y la goleta *Sonora*. Ésta quedó al mando de Juan Francisco de la Bodega y Quadra, siendo Mourelle el piloto. Los tres barcos partieron el 16 de marzo de 1775 con la orden de alcanzar los 65º de latitud norte y establecer asentamientos que reforzasen el dominio español en la región y seguir controlando el comercio entre América y Asia.

Por desgracia, apenas tres días después de partir de Nueva España, el *San Carlos* se vio obligado a regresar a puerto pues su capitán, Miguel Manrique, sufrió una crisis nerviosa. Así pues, el *San Carlos* dio media vuelta con Juan de Ayala al mando, mientras la *Santiago* y la *Sonora* ponían rumbo al norte.

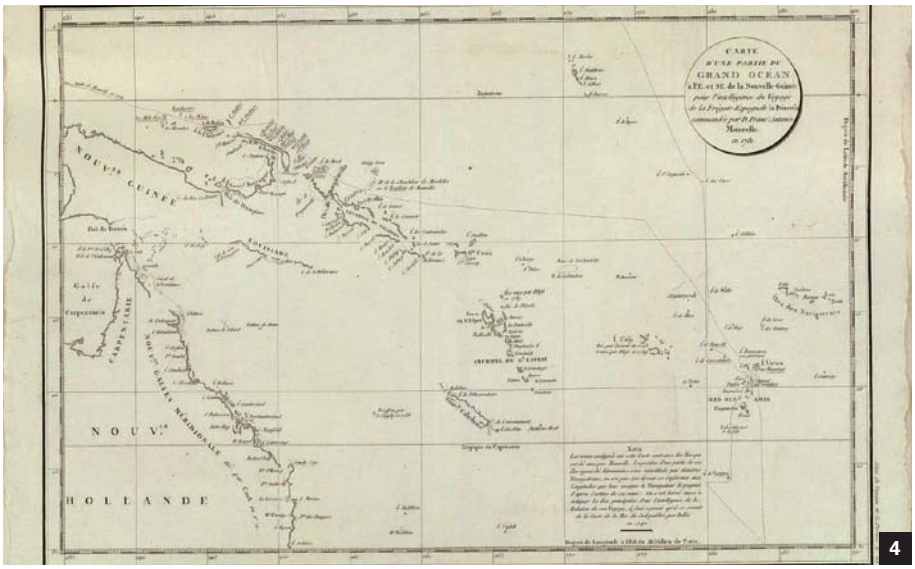
Las dos naves alcanzaron los 47º y 15' de latitud norte el 13 de julio, en lo que hoy se conoce como Point Grenville. Poco después de echar el ancla, los españoles de la *Sonora* –Mourelle entre ellos–, contemplaron la llegada de varias canoas de indios *quinault*, que abordaron el barco y les invitaron a des-



2

Nacido en junio de 1750, Mourelle había venido al mundo en el seno de una humilde familia de la aldea de Corme, en la región de la Costa da Morte





3. Cook. El célebre explorador británico James Cook utilizó el diario de Mourelle en su expedición de 1775 para preparar el trayecto de su tercer viaje por el Pacífico. **4. Mapa.** Mapa con el recorrido de la fragata *Princesa* dirigida por Mourelle en 1781, hoy en la Biblioteca Nacional de Australia.

embarcar "para comer, beber y dormir con ellos", trayendo después algunos presentes en forma de comida.

Al día siguiente el comandante Bruno de Heceta descendió a tierra con varios hombres para hacer toma de posesión de la plaza, que bautizaron como 'Rada de Bacareli' en honor al virrey de Nueva España. Todo había discurrido de forma tranquila, pero las cosas iban a cambiar drásticamente aquella tarde. Bodega, el comandante de la *Sonora*, decidió enviar a tierra a siete tripulantes para que buscasen agua y otras provisiones. Cuando estaban concentrados en aquella tarea, un grupo de trescientos *quinault* –hasta entonces pacíficos– rodearon a los españoles y acabaron con ellos, pese a los intentos de sus camaradas, que dispararon sin éxito mosquetes desde la *Sonora*. Como recuerdo de aquel triste suceso, el lugar se bautizó como 'Punta de los mártires'.

Tras el dramático incidente decidieron continuar con su viaje hacia el norte, aunque tomaron la determinación de dividirse para explorar la mayor parte de territorio posible. Así, el día 29 de julio la *Sonora* –con sólo 7 tripulantes a bordo tras el ataque indio– y la *Santiago* tomaron rumbos distintos. Esta última se dirigió directamente al norte, alcanzando el 11 de agosto un territorio que hoy ocupa la frontera entre EE.UU. y Canadá. Mientras, la *Sonora* guiada por las hábiles manos de Mourelle continuó camino navegando paralela a la costa, y el 15 de agosto alcanzaron Sitka, en la actual Alaska, donde reclamaron para España varios puertos y dieron nombre al monte San Jacinto (hoy Edgecumbe).

Su bitácora de a bordo dejó constancia del aspecto, costumbres y localización de las distintas tribus indígenas que encontraron a su paso

Espoleados por el espíritu aventurero del marino coruñés, que animó al resto de sus compañeros a continuar un poco más, la *Sonora* logró alcanzar los 59º de latitud norte, cerca de esos 65º que se habían marcado como objetivo. No hay duda de que habrían logrado completar su empresa, pero los tripulantes de la goleta enfermaron de escorbuto debido a la falta de alimentos y se vieron obligados a poner rumbo al sur el 8 de septiembre, alcanzando Monterrey –con los hombres con un pie en la tumba– un mes más tarde, el 7 de octubre de 1775. Apenas unos días antes había llegado la fragata *Santiago*, con sus tripulantes también en lamentables condiciones.

Durante el transcurso de aquella arriesgada expedición Mourelle de la Rúa no sólo había ejercido como piloto de la *Sonora*, sino que además fue registrando por escrito y con todo detalle los hechos que él y sus compañeros protagonizaron durante el viaje. Así, su bitácora de a bordo dejó constancia del aspecto, costumbres y localización de las distintas tribus indígenas que encontraron a su paso. Y lo mismo hizo con las coordenadas exactas de todos los lugares que tuvieron ocasión de descubrir. Una información ésta que se convertiría en trascendental para otro marino, en este caso mucho más célebre que Mourelle: el británico James Cook.

De algún modo que los historiadores no han logrado aclarar, alguien se hizo con el diario de Mourelle tras el fin de la expedición, y el diario, junto con los exactos datos de navegación, acabaron en Inglaterra. Aquel valiosísimo material cayó en manos de James Cook –quien los empleó para trazar la derrota de su tercer viaje–, y en el año 1781 el texto del marino coruñés incluso fue traducido al inglés y publicado bajo el título de *Misceláneas*. Por desgracia, hoy suele conocerse mejor el viaje de Cook por aquellas costas de Estados Unidos, Canadá y Alaska, cuando el mérito debería recaer en Mourelle y sus mandos, Bruno de Heceta, Juan José Pérez y Bodega y Quadra, pues no sólo fueron los primeros europeos en llegar allí, sino que además recorrieron una mayor extensión de costa.

EN BUSCA DE NUEVAS FRONTERAS

Las aventuras de los españoles por aquellas tierras entonces desconocidas no acabaron con aquel viaje. De hecho, apenas cuatro años después, el virrey organizó una nueva expedición con objetivo similar, aunque en este caso dirigida por el teniente de navío Ignacio de Arteaga y compuesta por dos fragatas: la *Favorita* –al mando de Bodega y Quadra– y la *Princesa*, comandada por el propio Arteaga. Mourelle, que desde 1776

5. Alaska española. Enclaves descubiertos por expediciones españolas en Alaska.



CORME, CUNA DE HOMBRES DE MAR

En la localidad de Corme –perteneciente al término municipal de Ponteceso–, donde vino al mundo Mourelle de la Rúa, nacieron también otros muchos hombres de mar que, con mayor o menor fortuna, recorrieron las aguas de los mares y océanos de todo el globo. Entre ellos destacan José María Mosqueira Manso (1886-1968), ictiólogo, escritor y oceanógrafo, autor de numerosos mapas y gran estudioso de tortugas y otros animales marinos o Francisco Fernández Saleta, marinero preferente condecorado con la Cruz de Primera Clase de la Orden de San Fernando. Nombres a los que habría que sumar otros muchos, los de anónimos marinos, mariscadoras y percebeiros que, durante años y años, han entregado su vida al mar.



A la derecha, vistas desde el cabo de Roncudo, en la localidad de Corme (Costa da Morte), donde nació Francisco Antonio Mourelle de la Rúa (© Javier García Blanco).

era ya alférez de fragata, participó de nuevo en la aventura, en esta ocasión como segundo oficial a bordo de la *Favorita*.

El grupo expedicionario partió de San Blas el 11 de febrero con la misión de descubrir las posibles colonias rusas en tierras de Alaska, localizar un hipotético "paso del Noroeste" y alcanzar los 70º de latitud norte. Con la ventaja de conocer ya parte de aquellas tierras gracias al viaje de 1775, las dos fragatas se dirigieron directamente a Puerto Bucareli, que Mourelle y Bodega habían descubierto en la anterior expedición. Desde allí continuaron viaje más al norte, alcanzando la actual isla de Hinchinbrook, donde descendieron a tierra y hicieron la toma de posesión para España, bautizando el lugar como Puerto Santiago. Además de entrar en contacto con los indios *umiaks*, los españoles también tuvieron ocasión de explorar otras zonas, como la península de Kenai o la ensenada de Cook. La expedición de Arteaga alcanzó una latitud máxima de 61º 17' norte, alejada de los 70º norte marcados como objetivo, pero de nuevo el escorbuto y la escasez de víveres les obligaron a poner rumbo sur, sin haber localizado asentamientos rusos. Al igual que había sucedido en el viaje de 1775, Mourelle de la Rúa dejó constancia de todo lo acontecido en un detallado diario de a bordo que, junto a un preciso mapa, fue publicado en Inglaterra en el año 1798.

Mientras Mourelle participaba en aquel viaje por aguas del norte del Pacífico, España e Inglaterra habían entrado de nuevo en guerra, un suceso que marcaría irremediablemente las próximas misiones del marino

El grupo expedicionario partió de San Blas el 11 de febrero con la misión de descubrir las posibles colonias rusas en tierras de Alaska

gallego y que le llevarían a protagonizar otra de sus gestas. La nueva aventura de Mourelle dio comienzo un año más tarde, en 1780, cuando se le encomendó viajar hasta Manila como segundo comandante de la *Princesa*, acompañando a su superior y amigo Bruno de Heceta. En esta ocasión su cometido consistía en transportar "caudales, tropas y pólvora" para Filipinas, cuya seguridad peligraba debido a los ataques ingleses.

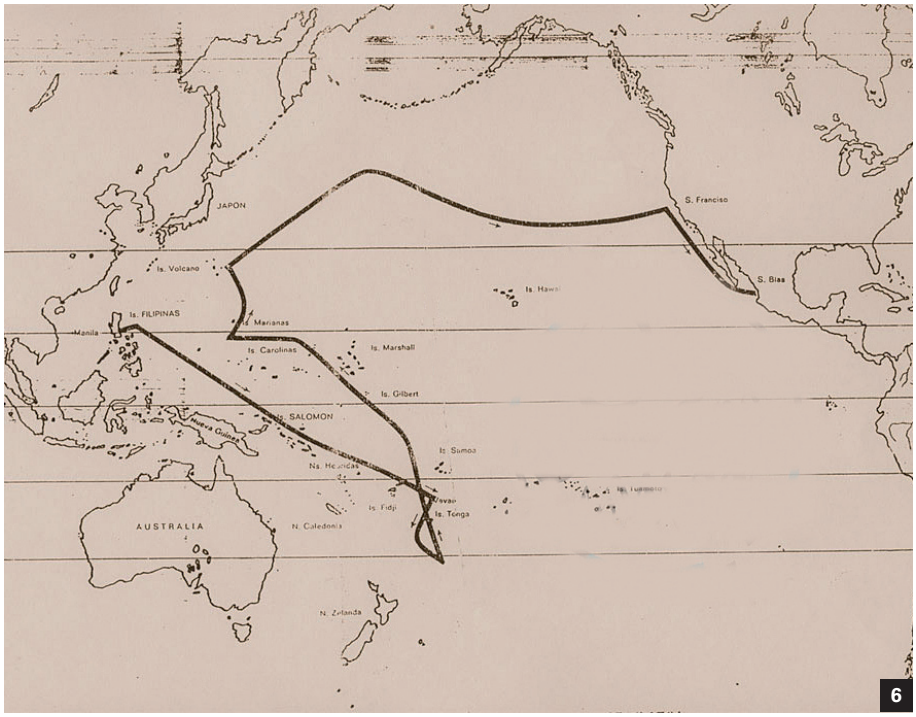
Heceta y Mourelle llegaron sin novedad a Manila, cumpliendo su misión. La aventura, sin embargo, no había hecho más que empezar, pues poco después el gobernador de Filipinas, José Basco y Vargas, ordenó a Mourelle que se trasladara al puerto de Sisirán y esperara un despacho con órdenes secretas que debía entregar al virrey de Nueva España. El marino de Corme siguió el encargo a rajatabla, pero mientras aguardaba la llegada de los documentos, gran parte de los víveres que portaba en la *Princesa* se echaron a perder y la tripulación, harta de calamidades, empezaba a desertar.

Por suerte el despacho con los documentos llegó en noviembre, y el día 21 Mourelle dio orden de "hacerse a la vela", poniendo rumbo a Nueva España. Las cosas, por desgracia, no iban a ser tan sencillas. Aquellas fechas eran nefastas para la navegación en aquella parte del globo debido a la ausencia de vientos favorables, de modo que el gallego decidió buscar otra ruta distinta a la que seguían las naves del galeón de Manila a Acapulco, adentrándose en aguas más meridionales y poco conocidas.

Por aquellas fechas otros marinos como Cook o Boungaville ya se habían aventurado a recorrer dichas regiones, pero Mourelle carecía de cartas de navegación y mapas que le sirvieran de guía en su viaje de retorno al continente americano. De hecho, en su largo periplo por el Pacífico sur –el viaje se prolongó durante diez meses y seis semanas–, la *Princesa* y su tripulación arribarían a numerosas islas, a las que Mourelle bautizó como era habitual, aunque más tarde omitiría aquellos nombres en su diario, al no tener la seguridad de ser el primero en descubrirlas, como él mismo dejó por escrito:

"… Se evitan los nombres que puse a todas las tierras que descubrí, y no las hallaba sobre mi carta; porque en la tabla que acompaño de sus citaciones y tamaños, están distintamente los de cada una, hasta que algún día la comparación de ellas con las descubiertas por los viajeros de esos mares, me de la facilidad de conocerlas por sus primitivos nombres".

Pese a todo, el gallego y sus hombres sí realizaron notables descubrimientos de tierras a las que nunca antes había llegado



6. El periplo de un descubridor. Ruta realizada por Mourelle en su viaje de Manila a Nueva España en 1781.



ningún europeo, por ejemplo en la zona de las Salomón y en la Polinesia. Entre ellas se encuentran algunas islas a las que llegaron cuando el hambre, la sed y la desesperación comenzaban a hacer mella en su ánimo, pues pasaba el tiempo y no encontraban un lugar adecuado en el que hacer *aguada* y reabastecerse de alimentos, que habían sido devorados por una plaga de cucarachas. De ahí que sus nombres –estos sí han llegado hasta nosotros– evidencien su lamentable estado de ánimo y la posterior alegría al hallar sustento: isla de la Amargura, Consolación o Puerto Refugio. Este último enclave, que todavía se llama así en la actualidad se encuentra en el archipiélago de las islas Vava'u, en Tonga, y constituye uno de los descubrimientos más importantes de aquella expedición improvisada.

Al igual que en las anteriores expediciones, Mourelle de la Rúa dejó por escrito su aventura, anotando no sólo coordenadas y apuntes náuticos, sino realizando descripciones etnográficas y geográficas de gran valor, entre ellas de los indígenas que iban encontrando a su paso. Este diario de viaje, del que se conserva una copia en la Biblioteca Nacional de Canadá, ha sido considerado por algunos historiadores como una obra de importancia similar a la dejada por Cook, Le Pérouse o Malaspina, quien por cierto usó sus notas a la hora de realizar su viajes por aquellas aguas algunos años después.

LA VUELTA A CASA

Tras regresar a tierras de Nueva España sanos y salvos, y una vez cumplida su misión de entregar los documentos al virrey, Mourelle fue ascendido en 1781 a alférez de navío.

Con ese grado volvería a navegar a Filipinas dos años después, de nuevo a bordo de la *Princesa*, aunque en esta ocasión para informar del cese de las hostilidades con Inglaterra tras la firma del Tratado de Versalles. Aún regresaría una vez más, en 1785, para llevar documentación y dinero al gobernador de Manila, bajo cuyas órdenes navegó también varias veces entre la capital filipina y Cantón (China) para cumplir distintos encargos.

Bien conocida ya su fama como marino, explorador y escritor de diarios de viaje, en 1791 se le encargó la tarea de repasar los papeles dejados por el mallorquín Juan José Pérez a raíz de su expedición de 1774. Gracias a esta tarea, que le encargó el nuevo virrey de Nueva España, Juan Vicente de Güemes, se puso orden a las múltiples anotaciones de Pérez, que incluían cartas náuticas y coordenadas de cada día de la travesía, así como descripciones sobre los indios *haida*, fruto del primer contacto entre europeos y miembros de dicha etnia.

Un año más tarde, en 1792, y a bordo de la nave *Mexicana*, Mourelle volvió a demostrar su valía como explorador, adentrándose en los territorios del Estrecho de Georgia –en la actual frontera entre Canadá y Estados Unidos–, sumando nuevos méritos que le valieron el ascenso a teniente de navío en febrero de ese mismo año.

> Tras más de dos décadas de abnegado y valioso servicio en la otra punta del globo, había llegado la hora de que el marino gallego regresara a casa

Tras más de dos décadas de abnegado y valioso servicio en la otra punta del globo, había llegado la hora de que el marino gallego regresara a casa, traslado que le fue concedido en 1793. El primer día de julio de aquel año llegaba al puerto de A Coruña, la tierra que le había visto nacer. Poco tiempo tuvo para el descanso, pues con el inicio de la Guerra de la Convención –o del Rosellón–, Mourelle fue destinado a la escuadra de Juan de Lángara en el *San Agustín*, participando de forma activa en la defensa de Rosas. Comenzaba así una nueva faceta en la vida de Mourelle de la Rúa: la de marino militar.

AZOTE DE CORSARIOS

Acabada la Guerra de la Convención, el gallego fue enviado a su nuevo destino: el apostadero de Algeciras, donde desde 1797 quedó al mando de las lanchas cañoneras, destacando en numerosas intervenciones frente al enemigo, en este caso inglés. En ese mismo año se produjo la batalla de San Vicente, en la que a pesar del nefasto balance para la flota española, Mourelle destacó como comandante accidental del *Conde de Regla*.

Desde aquella triste jornada, el marino cormelán puso las cosas muy difíciles a toda embarcación británica que osara atravesar

7. Heroicidad. Rescate del navío *Santísima Trinidad* durante la batalla de San Vicente, en la que participó heroicamente Mourelle de la Rúa. **8. Investigador.** El investigador local José Manuel Ferreiro Chan, uno de los mayores expertos en la figura de Mourelle de la Rúa (© Javier García Blanco).





UNA BRILLANTE HOJA DE SERVICIOS

La carrera naval de Mourelle de la Rúa estuvo sin duda marcada por el origen humilde de sus padres. Si en lugar de haber entrado en la Escuela de Pilotos de El Ferrol hubiera gozado de la oportunidad de ingresar en la prestigiosa Compañía de Guardamarinas de Cádiz, sus ascensos habrían sido más rápidos y sus méritos mejor reconocidos. Pese a las trabas que supuso no pertenecer a una familia noble o adinerada, Mourelle consiguió ser nombrado caballero de la Orden de Santiago (1788) y recibió la cruz de San Hermenegildo (1819) en reconocimiento a los servicios prestados a la Corona española. Esta es su brillante hoja de servicios:

-Piloto, 1768.
-Alférez de fragata, 1776.
-Alférez de navío, 1780.
-Teniente de fragata, 1787.
-Teniente de navío, 1792.
-Capitán de fragata, 1799.
-Capitán de navío, 1806.
-Brigadier, 1811.
-Jefe de Escuadra, 1818.



las aguas bajo su mando. De hecho, según los documentos que se conservan, Mourelle participó en más de cuarenta combates y escaramuzas contra los ingleses, apresando naves enemigas, rescatando barcos españoles y de otras naciones amigas y poniendo en serios aprietos a cualquier nave corsaria que se atreviera a hacerle frente.

Uno de los episodios más destacados tuvo lugar en el Estrecho de Gibraltar el 19 de enero de 1799, cuando venció a un convoy inglés fuertemente protegido por un navío, tres lanchas cañoneras y varios bergantines. Con tan sólo sus catorce lanchas y un *místico*, Mourelle logró hundir una embarcación enemiga, hacerse con dos bergantines, una fragata y otra de las cañoneras, capturando en total a 140 tripulantes enemigos. La hazaña protagonizada por el gallego no sólo le valió su ascenso a capitán de fragata, sino que las naves capturadas se utilizaron a partir de entonces en el apostadero de Algeciras. Un par de años después, a finales de enero de 1801, se enfrentó de nuevo a la flota británica en la batalla de Algeciras, derrotando otra vez al enemigo, en esta ocasión con ayuda de cuatro navíos franceses.

Su viejo amigo y superior, Bruno de Heceta, recordaba así en una carta su siempre valerosa disposición para la batalla en aquellos años destinado en Cádiz:

"Asistió a más de cuarenta combates contra las fuerzas *anglicanas*, entre los que se cuentan catorce de la mayor nota, esto es, batiendo con diez o doce cañones fuerzas que nos atacaban con quinientos, no en guerra galana, sino siempre a tiro corto de metralla y algunas veces de fusil y pistola, y aún abordando de día las murallas de Gibraltar. Durante tres años estuvo de comandante de las lanchas de fuerza y empeñó por consiguiente los combates y mandó mucha parte de ellos".

Esta reputación seguiría creciendo con los años, en los que fue acumulando títulos y escalando grados en la Armada (**ver recuadro**). Así, mientras en 1803 fue nombrado Fiscal de guerra, dos años después se convirtió en el jefe del apostadero de Algeciras, el mismo en el que había ejercido liderando a las lanchas cañoneras. Este cargo, paradójicamente, le impidió participar en la mayor batalla naval de aquellos años, la de Trafalgar. En cualquier caso, no le faltaron nuevas ocasiones de batirse. El 14 de julio de 1806, ya destinado en el apostadero de Málaga, consiguió proteger a cerca de una treintena de embarcaciones cargadas de dinero y armas que se dirigían a Cádiz para, desde allí, atravesar el Atlántico rumbo al Río de la Plata. Aunque los ingleses intentaron apresar aquel botín, Mourelle combatió con valor durante más de doce horas, consiguiendo salir indemne al ataque. De nuevo, la hazaña le valió un ascenso.

Cuando en 1808 estalló la Guerra de la Independencia, nuestro protagonista consiguió llegar a Ceuta, ayudando a romper el bloqueo al que se hallaba sometida y, tras regresar a las costas gaditanas, formó una línea con veinticuatro cañoneros. Aquellas acciones sobresalientes motivaron que la Junta de Defensa de Cádiz le pusiera al mando de sesenta cañoneras, con las que se enfrentó a navíos franceses, atacó el castillo de Santa Catalina e hizo una guerra sin cuartel a las embarcaciones napoleónicas que se encontraban en el Guadalete.

Tras la guerra siguieron llegando los ascensos y las condecoraciones, pero también nuevas misiones. La última, que nunca llegaría a cumplir, le fue encomendada en el año 1819, ya como Jefe de Escuadra, cuando se le ordenó transportar un gran ejército que debía recuperar las antiguas posesiones españolas en América. El levantamiento del coronel Riego provocó la cancelación de aquel plan, y Mourelle –que no se sumó a la rebelión– hizo desembarcar a un buen número de tropas para que sofocaran la insurrección. Apenas unos meses más tarde, a finales de mayo de 1820, Francisco Antonio Mourelle de la Rúa, audaz explorador y condecorado marino de guerra, fallecía en Cádiz a los 70 años de edad. En el Panteón de Marinos Ilustres de esa ciudad, merecido destino para un hombre con tantas y notables hazañas a sus espaldas, descansan hoy sus restos mortales. •

En el Panteón de Marinos Ilustres de Cádiz, merecido destino para un hombre con tantas hazañas a sus espaldas, descansan hoy sus restos mortales